

## El corazón de la piel

Mónica Lavín\*

¿Por qué las mujeres nos volvemos personajes de telenovela cuando pisamos el terreno amoroso? Mariela no podía soportar la evidencia. Había estudiado una carrera universitaria, leía, iba a los museos, le gustaba la pintura, la escultura, viajaba, vaya... estaba cerca de la ambigüedad de las pasiones humanas, de su insalvable falta de certeza y sin embargo procedía a los reclamos: ¿por qué no me llamas, requieres, acudes a mí? Le irritaba la disparidad de la frecuencia. Comprendía que las vidas de dos adultos no permitieran encuentros frecuentes como en los amoríos juveniles, pero le costaba aceptar que él no quisiese saber de ella durante varios días seguidos, que él no le escribiese un *mail* constatando su cercanía, que él no actuase como ella. Eso era lo peor: necesitaba constancias de cercanía, como si las palabras y las pieles y los besos fundidos días atrás pertenecieran a otra era geológica, y el presente amenazara con su ceguera abismal. En realidad a Mariela le empezaba a doler volverse frágil y sensible a la hoguera sentimental. Ella manejaba y capoteaba las relaciones con los hombres de su elección. No contaba con que el azar la llevara a un tropiezo más definitivo, aquel que ofrece carne y fantasía, caricia y violencia, acicates a la imaginación y consuelo al corazón, aquel que trae cascadas de risas y rituales privados, esbozos de horizontes nuevos y empate de inteligencias. Como era mujer que despreciaba la cursilería sentimental, se había olvidado de pronunciar la palabra enamo-

ramiento. Le había vuelto la espalda con el sentido práctico de la supervivencia y por no acudir a los lugares comunes, a los clichés amorosos que ahora le brotaban como espumarajos por la boca: no estamos en la misma frecuencia, tienes a otra, no te importo como tú a mí, no pierdes el apetito y la calma, no se te ha movido el piso. Porque a ella había calado ese espacio creado por la complicidad de los dos hasta la médula, andaba por la vida en espera del próximo encuentro, el tiempo se dilataba trabajosamente de una cita a la otra y el mundo brillaba con la promesa en su voz del siguiente beso, de las palabras hilvanadas que tejían el tapiz de la relación. Boqueaba como un pez envuelto en la malla de la red. Era parte del conjuro de otredad: la sed de él. Y sabía muy bien Mariela que con los reclamos no haría más que ahuyentarlo: todas las mujeres son iguales, quieren acaparar, exigen, eso no quiere decir que uno no las desee, que no piense en ellas, pero qué prisa tienen por saberlo, qué angustia las mina. Clásica conducta insoportable la suya, todo por haberse atrevido a quitarle de nuevo el pellejo al corazón, a descascararlo plácidamente con todo y los bordes gruesos de sus cicatrices, para dejarlo rojo, tierno y palpitante, gozando el te quiero, complacido en la reciprocidad, en esa desnudez que encontraría cubierta a su medida. ¿Por qué las mujeres nos desnudamos en cuerpo y corazón? Le había gustado una frase de un cuento de Manjárez que alguna vez leyó: "La piel está muy cerca del corazón". Era la confesión de un personaje masculino, por eso la subrayó, se sintió menos sola con la afirmación



de la ficción. Ahora sabía que la piel tiene corazón y no es fácil sostener el cinismo. Había caído y se había erigido en el pedestal de las caricias y había confesado a este hombre su ser cautivo, irredento, esclavo. ¿Sería que amar era como Gabriel García Márquez decía de la escritura: un oficio de ciegos? Por eso el tacto se le había agudizado, el oído afinado: necesitaba palabras, aliento y un torrente de placer para confirmar que estaba viva, absolutamente viva aunque al día siguiente muriera un poco como personaje insalvable de telenovela. ●

\* Escritora. Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen 1996